

PADRE NUESTRO



Cuaderno de oración

1. ENSÉÑANOS A ORAR.

è Actitud de discípulo.

§ Vamos a aproximarnos al PadreNuestro sin prisa, lentamente, con el infinito respeto con que se acercó Moisés a la zarza ardiente. Y lo mismo que él se quitó las sandalias como signo de actitud interna de adoración, vamos también nosotros a descalzar nuestro espíritu de todo lo que signifique suficiencia, orgullo, falsos "saberes" ("pero si lo sé desde pequeño": el Padrenuestro ¿puede enseñarme algo?").

§ Y es que una primera condición para decir con sinceridad "Enseñanos a orar" es la que señala el evangelio de Lucas: la petición a la que Jesús respondió fue a la de un **discípulo** (Lc 11,1). Es decir, alguien que no está satisfecho con lo que sabe, ni convencido de que posee la verdad: alguien absolutamente abierto a la enseñanza de otro, alguien que vive de escucha, de silencio y acogida. Un discípulo

tiene mucho de niño y un niño es el mejor discípulo. Porque los dos tienen corazón limpio y capacidad de asombro y por eso están preparados para aprender a orar diciendo: "Padre Nuestro".

2. VOSOTROS, CUANDO ORÉIS, DECID: "PADRE".

è **Decid: "Padre".**

§ En el punto anterior centramos nuestra atención en la súplica que precede en Lucas a la enseñanza del Padrenuestro. En Mateo va a continuación de una serie de consejos de Jesús sobre la oración y, al acabar éstos, leemos: "Vosotros, cuando oréis, decid: Padre..." (Mt 6,9).

¡Qué asombro, qué reacción de incredulidad en los discípulos que rodeaban a Jesús al oír que utilizaba la palabra "Abba" (padre querido, papá) para dirigirse a Dios!

§ Fue como si todo el misterio de Dios quedara al descubierto. El temor y los truenos reverenciales del Sinaí y el velo del templo se quedaban viejos, superados, dejaban de tener sentido. En los labios del hombre estaba ya esa palabra que sólo puede decirse con la audacia de los niños: "¡Abba!".

§ Una pequeña palabra, apenas cuatro letras en nuestro idioma, dos sílabas minúsculas con tan poca apariencia como un grano de mostaza, una raíz en tierra seca...

Y es que todo lo de Jesús viene escondido en lo sencillo: una aldea casi desconocida, una mujer llamada María como muchas otras, un niño envuelto en pañales, el hijo de un carpintero, un galileo rebelde crucificado, como otros, fuera de las murallas de Jerusalén, una piedra de sepulcro abierta sin ruido, un poco de pan y vino y una comunidad de gentes sin cultura, compartiéndolo con sencillez de corazón.

§ Después nosotros hemos inventado las catedrales, el Pantócrator, el Vaticano, las misas polifónicas y los tratados de teología. Y está bien y es bello y quizá necesario. Pero, sobre todo, es que no sabemos hacerlo mejor, no poseemos el secreto de hacer las cosas con la sencillez con que Dios viste a una flor del campo con todo el esplendor de las vestiduras del rey Salomón.

Una pequeña palabra para rezar y en ella toda la experiencia de Jesús, toda la hondura de su saberse Hijo, toda la gloria de su confianza incondicional en Alguien mayor.

"A Dios nadie lo ha visto nunca: el Hijo único que estaba junto al Padre nos lo ha dado a conocer" (Jn 1,18). Y nos ha dicho que podemos llamarle: ABBA.

3. PADRE NUESTRO.

è **Ser hijo es ser también hermano.**

§ Hay palabras que pueden hacer difícil la experiencia de oración porque crean un foso entre nuestro modo de ver la vida y el de Dios. Una de esas palabras es el adjetivo "mío", que tendríamos que colgar de un perchero antes de ponernos a orar y después olvidarnos de él. Porque da la sensación de que esa palabra está en la línea de lo que Jesús reprocha en quienes quieren guardar su vida y, cuando hacen eso, la pierden.

§ Jesús nos enseña a orar y empieza por poner en nuestros labios la palabra "Padre". Pero como sabe que a

veces queremos huir del com-promiso fraterno, por eso nos hace sacar las consecuencias: Ser hijos significa también ser hermanos y el Padre no es entonces "Padre mio", sino "Padre **nuestro**".

§ La vida cristiana consiste en acoger y hacer hueco para que quepan todos, preparar un nuevo sitio para el que llega tarde, repartir lo que hay para que llegue para todos, salir a buscar a los hermanos que están ausentes. Y a la hora de rezar, más que nunca, acordarnos del Padrenuestro, Padre de todos.

4. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

è **Santificado sea tu nombre.**

§ En muchas ocasiones, el nombre ocupa en el Antiguo Testamento el mismo lugar que el rostro, la gloria, el brazo de Dios. Hablar del nombre de Dios es una forma respetuosa de evitar hablar de Dios mismo. Decir el nombre de Dios es llamarle reconociendo su bondad de haberse revelado al hombre, de haberle salido al en-cuentro.

Para el nombre de Dios se pide que sea "santificado", que sea re-conocido como santo. La santidad de Dios es el resplandor de su ser, la dignidad que irradia su presencia. La santidad de Dios es otro nombre para su gloria.

Decir "santificado sea tu nom-bre" es prestar nuestra voz para que resuene en el mundo la gloria de Dios; es, sobre todo, prestar nues-tra vida para que en ella se trans-parente su santidad, el brillo de su presencia.

5. VENGA A NOSOTROS TU REINO.

è **Más allá de nuestras miradas.**

§ En los relatos de la llamada de Jesús a sus discípulos, nos damos cuenta que al principio no les propone ninguna meta, ni programa ni les dice las consecuencias que va a tener seguirle... Sólo en ese ca-minar con Jesús el discípulo des-cubrirá a dónde le lleva el segui-miento. Es como si Jesús no qui-siera asustarles y sólo les pone de-lante su propia persona y la huella de sus pisadas para que sabiéndose acompañados se arriesguen a em-prender un camino que se va a ir haciendo cada vez más exigente.

§ Eso mismo hace Jesús para enseñarnos a orar. Ha empezado por liberar nuestra confianza, nos ha invitado a llamar "Padre" a Dios y desear que su nombre sea reconocido y alabado. Pero con la siguiente petición nos da la mano para que demos un paso más, nos saca fuera de los muros que intentamos levantar alrededor de nuestra relación con Dios, fuera de la tentación en la que caemos tantas veces de reducirlo todo a algo íntimo y puramente personal.

§ El **reino de Dios** quiere decir que para Jesús lo más importante es que Dios pueda relacionarse con los hombres y la historia sea según Dios quiere. Es eso precisamente de lo que hay que tener hambre y sed: es ése el deseo más hondo que el cris-tiano tiene que llevar en su co-razón, más allá de sus pequeños intereses y ambiciones.

§ Pero como nuestra tendencia es refugiarnos en el patio estrecho de nuestro individualismo, el Maestro nos enseña a derribar muros y a salir a ese campo abierto del mundo desde el que pedimos: "Venga a nosotros tu Reino!". Llegamos a desearlo a fuerza de pedirlo y poco a poco llegamos a pedirlo porque nuestro corazón se ha transformado y ese deseo se ha convertido en nuestra sed más profunda.

6. HÁGASE TU VOLUNTAD.

è **Fiarse absolutamente.**

§ ¡La voluntad de Dios! Pocas expresiones han sido tan manipuladas como ésta. Demasiadas veces se ha querido reducir a mandamientos, leyes, normas. Demasiadas veces hemos querido ver en ella una jaula para nuestra libertad...

§ Sólo Jesús sabe lo que Dios quiere, cuál es su voluntad. Y cuando habla de ella, los que nos dice es que esa voluntad de Padre es su alimento (Jn 4,34) y el alimento es aquello que da vida y crecimiento al hombre, nunca algo que disminuye o empequeñece.

§ La voluntad de Dios es para Jesús algo deseable, que busca y le llena de alegría (Lc 10,21), es decir, todo lo contrario de una losa pesada que cae encima o un conjunto de preceptos de obligado cumplimiento. Jesús ve la voluntad del Padre como el proyecto de que todos seamos hijos y hermanos.

§ Jesús supo también por experiencia que el querer del Padre a veces resulta duro e incomprensible; tanto, que la única respuesta es el abandono incondicional, rendirse confiadamente ante el misterio de Alguien mayor. Por eso, cuando llegó el momento del fracaso, Jesús vivió en plenitud aquello con lo que había enseñado a orar: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya". Y porque se fía del amor de Aquél a quien llama "Abba", se atreve a decir: "En tus manos encomiendo mi vida" (Lc 23,45).

Por eso en el Padrenuestro Jesús nos enseña a decir "Abba" antes de atrevernos a desear cumplir su voluntad, porque sólo el que se sabe sostenido se atreve a confiarse en otras manos.

7. DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.

è **Danos pan.**

§ Junto al nombre del Padre, su Reino, su voluntad, ese misterio que apenas podemos intuir porque nos desborda, aparece una pequeña palabra, la más cotidiana y sencilla, la más referida a nuestra fragilidad, a la necesidad que nos mantiene pegados a la tierra: pan.

§ También Dios se une a nosotros porque él no está por encima o al margen de nuestras necesidades materiales. El Padrenuestro nos enseña a reconciliarnos con todo eso, a dejar de imaginarnos a Dios por encima o al margen de nuestra corporeidad, tan opaca, de nuestro mundo, tan estrecho, de nuestras necesidades, tan humildes.

§ Jesús ha entrado en la historia a la intemperie y por eso sabe de hambre, de sed, de cansancios y de

cuánto sus hermanos los hombres necesitamos el pan. Por eso nos enseña a pedirselo sencilla y confiadamente al Padre.

è **El pan nuestro.**

§ Si algo hay algo que se repite insistentemente y de mil modos a lo largo de las palabras de Jesús es su convicción de que al Padre no llegamos sino a través de nuestro comportamiento fraternal. "A Dios nadie lo ha visto nunca", dice el apóstol Juan en una de sus cartas: "si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor realizado entre nosotros" (1Jn 4,12). Es lo mismo que intenta resumirnos la parábola del juicio final (Mt 25,31-46): en ese momento definitivo no van a pedirnos cuentas de cómo hemos orado o de cómo hemos defendido la fe. Se nos va a juzgar por la calidad de nuestro amor. Y un amor efectivo es el no guardar para uno mismo ni el pan, ni el agua, ni el vestido, ni el techo, ni el tiempo, ni la ternura. Ésa es la médula del Evangelio. Eso es lo que convierte al cristianismo en algo que desborda nuestra idea de lo que es la religión. Porque nos impide tranquilizar nuestra conciencia con rezos, prácticas y ofrendas y nos pone delante un Dios que nos envía hacia los otros y nos pregunta: "¿Dónde está tu hermano?".

§ No digamos de prisa "Padre nuestro", porque eso por sí solo no basta. Sólo al hacer **nuestro** el pan, es decir, al salir del mundo cerrado de nuestra propiedad privada y compartir con otros eso que constituye nuestro "pan": alimento, dinero, tiempo, cualidades, energías, vida... hacemos fraternidad.

è **El pan de cada día.**

§ El final de la primera parte del Padrenuestro, cuando decimos: "Así en la tierra como en el cielo", nos hace tomar conciencia de que todo lo que pedimos (santificar el nombre del Padre, desear la llegada de su Reino y hacer su voluntad) no es algo para vivirlo en la eternidad, sino una humilde tarea que tenemos que pedir y empezar a realizar aquí en la tierra. Jesús nos recuerda nuestra condición de personas sometidas a la dimensión del **espacio**.

§ La cuarta petición nos trae también la dimensión del **tiempo: "día"**. Jesús debió querer corregir nuestra tendencia a escapar nostálgicamente hacia el pasado o ansiosamente hacia el futuro. Por eso tira de nosotros hacia el presente, cuando nuestros pies se paran en el ayer o corren tratando de atrapar el mañana. Es **aquí y ahora**, es en el hoy y el cada día donde se esconde el secreto de la vida. Es en **ese pan** (tan corriente, tan sin importancia, tan insignificante), y en ese **hoy** (tan trivial, tan igual en apariencia a ayer y a mañana), es donde nos aguardan la vida y el don del Padre.

8. PERDÓNANOS.

è **El secreto es el amor.**

§ Es imposible saber, al mirar un círculo, cuál es su principio y cuál es su fin. Por eso es la figura geométrica que se emplea con frecuencia para expresar el amor; eso significa el anillo de la alianza matrimonial. Algo parecido ocurre con el perdón: no llegamos a saber si el sentirnos perdonados por Dios

nos lleva a perdonar a los otros o si es el perdonar a los otros lo que nos hace experimentar el perdón de Dios.

§ Jesús juega con estos dos cabos del perdón: en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32), o de la oveja perdida (Lc 15,3-7), es Dios quien perdona sin exigir ninguna condición previa. En ellas se nos descubre algo del corazón de Dios: su absoluta gratuidad, la incondicionalidad de su amor.

§ En otros momentos, el acento recae sobre otro aspecto: el amor del Padre está condicionado al perdón que nos concedamos unos a otros. En el sermón del monte Jesús dice: "Perdonad y seréis perdonados" (Lc 6,37); en la parábola del deudor injusto se hace tajante: "Así hará mi Padre con vosotros si no perdonáis de corazón a vuestro hermano" (Mt 18,34) y en el Padrenuestro nos enseña a decir: "Perdónanos como nosotros perdonamos" (Mt 6,12; Lc 11,3). Y es que el amor con que amamos a Dios es el mismo con el que amamos a los demás. Y lo que hace que esos dos amores, que siempre estamos intentando separar, sean uno solo, es que tienen un único origen: el Espíritu derramado en nuestros corazones. Y es ese mismo Espíritu el que nos hace posible acoger el perdón de Dios y convertirnos en perdonadores de nuestros hermanos.

9. ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS.

è Perdonar es cuestión de fe.

§ Esta segunda parte de la quinta petición puede parecer la más atrevida de todo el Padrenuestro porque nos damos cuenta de que estamos diciendo algo así como: "Pórtate bien con nosotros como nosotros nos portamos bien con los demás". Y eso, ¡ni en nuestros mejores momentos de amor fraterno, nos atreveríamos a pedirlo!

§ Además nuestra psicología es engañosa y a veces es difícil convencer a nuestro corazón para que sienta lo que la cabeza ha decidido. ¿Cómo vamos a perdonar si nuestra memoria no es capaz de olvidar las ofensas que nos han hecho? ¿Cómo reconciliarnos si la confianza se nos fue al fondo del mar y no conseguimos reencontrarla para ofrecérsela de nuevo a los que nos han fallado?.

§ Sería una petición insensata si no fuera por el lugar que ocupa en el Padrenuestro. Y es que, antes de enseñarnos a decirla, hemos aprendido a decir "Abba" y, por tanto, a abrirnos al misterio de un amor que nos envuelve y nos acoge, nos constituye hijos reconciliados, queridos. Invocar a Dios como Padre es el verdadero atrevimiento y todo lo demás es consecuencia de ello.

§ A pesar de como somos (y Jesús bien lo sabía) confía en que, sintiéndonos hijos, reaccionemos de otra manera, cambiando nuestro corazón de piedra en un corazón de carne. Y en ese corazón los viejos rencores, durezas y juicios condenatorios hacia los otros se derriten como la escarcha al calor del sol.

§ Perdonar no es cuestión de puños, sino de fe. Tiene que ver con esa actitud de fondo que nos hace sentirnos seguros porque nos sostiene un amor del que no nos puede separar ni la muerte ni la vida, ni lo pasado ni lo futuro, ni siquiera nuestra fragilidad pecadora.

Cuando vivimos apoyados en esa roca podemos ver esa realidad más honda que está por debajo de las

apariencias. Y podemos envolvernos en la ternura indulgente y comprensiva con que nosotros nos sabemos envueltos. No es nuestro perdón lo que damos a los demás: es el perdón de Dios el que desborda nuestros diques y barreras y sumerge en el mismo mar nuestros pecados y los de nuestros hermanos.

10. NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN MAS LÍBRANOS DEL MAL.

è **Necesitamos de la fuerza de lo alto.**

§ Quizá si fuéramos nosotros los autores del Padrenuestro lo terminaríamos de otra forma. Porque parece que después de desear la santificación del nombre del Padre, su Reino y su voluntad, después de pedir humildemente el pan y el perdón, parece que ya estamos a salvo de la tentación y del mal.

Pues parece que para Jesús no es así. Y así en las dos últimas peticiones nos recuerda nuestra fragilidad y limitación como personas.

§ Es un tema tan frecuente en los Evangelios que no extraña que también aparezca aquí. El mismo Jesús supo de tentación y de cuánto necesitamos pedir cada día al Padre que nos libre de caer en ella.

§ Pablo nos lo recuerda cuando nos dice que "llevamos el tesoro en vasos de barro para que se vea que esa fuerza extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros" (2Cor 4,7).

§ La peor tentación en la que podemos caer es la de vivir engañados. Ahí es donde mejor se refleja nuestra limitación. Y eso es algo que está fuera del alcance nuestras decisiones.

§ Una leyenda medieval cuenta la historia de un caballero que, atravesando una laguna pantanosa, comenzó a hundirse en el barro, pero, agarrándose a sí mismo por los pelos, logró salir de él sin más ayuda que su propia fuerza.

No es una leyenda cristiana. La sabiduría de la oración de Jesús nos enseña que no somos capaces de librarnos solos, de resistir solos las trampas que nos acechan. Por eso oramos al Padre. Y lo hacemos desde la confianza de quien se apoya en la fuerza salvadora que nos ha sido dada para siempre en Jesús.

11. AMÉN.

è **Aceptar un riesgo.**

§ Amén. Así decimos al terminar de rezar el Padrenuestro. Y lo decimos en la misma lengua de Jesús. Lo traducimos "así sea". Aunque es eso, es mucho más que eso. "Amén" significa que algo que se ha hecho es verdadero. Y lo verdadero es válido y, por tanto, vinculante.

§ El Padrenuestro reproduce el proceso mismo de la fe. Y es que tanto el orar como el creer nacen de un riesgo que corremos voluntariamente. La fe y la oración no nacen de una certeza como si fueran cálculos matemáticos. Entramos en un camino para el que no hay muchas seguridades, pero que se revela como la roca que da consistencia a nuestra vida.

§ Estamos acostumbrados a la normalidad de nuestra pequeña pla-ya tan familiar y no nos gusta ale-jarnos: ahí están nuestras preocupa-ciones: vivir seguros, cuidar nuestro nombre, realizar nuestros planes, buscarnos el pan, hacernos respetar por los demás.

Pero, en algún momento de nuestra vida, nos sale al encuentro la palabra de Jesús y todo se trans-forma: se nos invita a lanzarnos a la aventura, a dejar atrás todo y lanzarnos mar adentro, hacia ese mar desconocido de las grandes olas de la gloria de Dios, de su Reino, de su voluntad... Se nos pide que dejemos de pedir el pan-para-mí para preocuparnos por un pan que sea nuestro; se nos exige un perdón que alcance a todos y, sobre todo, una confianza que se atreva a decir "Abba", más allá de todas las negatividades de la existencia.

§ Rezar el Padrenuestro es vivir todo el proceso en el que cuaja nuestra personalidad creyente. Por supuesto que no está aún termi-nado. Aún tememos dejar atrás todo eso que nos atrae y nos tienta, tememos navegar por mares desco-nocidos y nos asusta decir "venga tu Reino, hágase tu voluntad...", porque seguramente no coincide con la nuestra. Nos es difícil pedir un pan que tendremos que compar-tir y prometer un perdón que nos resistimos a conceder. Por eso necesitamos decir "Amén". Porque es como si nuestra confianza nos empujara hacia la fuerza y la mano de Jesús que nos sostiene.

"Pero cuando recen, no sean palabreros como los paganos que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No sean como ellos, que su Padre sabe lo que les hace falta antes que se lo pidan. Ustedes recen así:

Padre nuestro del cielo,
proclámese que tú eres santo,
llegue tu reinado,
realícese en la tierra tu designio del cielo;
nuestro pan del mañana dánoslo hoy
y perdónanos nuestras deudas,
que también nosotros perdonamos a nuestros deudores;
y no nos dejes ceder a la tentación,
sino líbranos del Malo".

(Mt 6,7-13)

R R R R R R

"Una vez estaba él orando en cierto lugar; al terminar, uno de sus discípulos le pidió: Señor, enséñanos una oración, como Juan les enseñó a sus discípulos. Él les dijo: Cuando recen digan:

Padre,
proclámese que tú eres santo,
llegue tu reinado,
nuestro pan del mañana
dánoslo cada día
y perdónanos nuestros pecados,
que también nosotros perdonamos
a todo deudor nuestro;
y no nos dejes ceder a la tentación".

11,1-4)

(Lc